

EL PAPEL DE LA FILOSOFIA EN EL QUEHACER PRACTICO POLITICO

ANGELINA ALFARACHE
México

De la acepción que se tome para la palabra ciencia, dependerá nuestra visión de la filosofía. Al esclarecer su objeto, la filosofía no hace más que buscar por últimas causas, proporcionando la certeza. Certeza que consiste en el asentamiento fundado en la evidencia del objeto. Verneaux la define como “. . . el estado perfecto de la inteligencia”¹ Aneja a la certeza, viene la necesidad.

Al demostrar, la ciencia filosófica proporciona un conocimiento necesario, no pudiendo así lo demostrado ser de otra manera.

Seguidamente se ve también que, de la necesidad y la certeza proviene la universalidad de la verdad encontrada.

La Verdad, Fin de la Filosofía, es Patrimonio de Todos

La filosofía busca la verdad, dondequiera que ella se encuentre, y es bajo esta tónica que se hace realidad el anhelo de la ciencia.

Si es cierto que la verdad es universal y necesaria, también lo es que, una vez encontrado, y precisamente por estas características, todos tenemos derecho a ella. Así, es derecho y obligación del filósofo el compartir la verdad. No *su* verdad, sino *la* verdad objetiva. Y tampoco es válido el pensar que las conclusiones filosóficas son patrimonio de algunos, especie de “escogidos” o “semidioses”.

La Filosofía y sus Objetos

De acuerdo a su definición, la filosofía puede enfocarse a cualquier objeto, parte de la realidad. Ya sean estos objetos el ser, el hacer, el obrar, el cosmos entero. Uno de sus objetos es la ciencia, y dentro de

¹ VERNEAUX, R. “Epistemología General o Crítica del Conocimiento”. 3a. ed. Edit. Herder. Barcelona, 1975.

este estudio, es válido el hacer una reflexión sobre sí misma, e incluso hacerlo con respecto al filósofo y sus circunstancias.

¿Cómo camina el filósofo hacia la verdad? Deduciendo las razones últimas de su objeto. Pero usando, aunque por otras razones y sacándolo un poco de contexto, lo que Husserl proponía: abriendo un paréntesis a sus circunstancias. Circunstancias físicas, geográficas, nacionalistas.

Más claramente, el filósofo debe trascender cualquier tipo de determinación física, que no sea la que su propia esencia le imponga. Tal es el oficio de científico que lleva a cuestras el filósofo y es responsabilidad y compromiso con la verdad, no con tendencias políticas o intelectuales. Sólo así, se cumple con la universalidad y objetividad de la verdad encontrada, verdad buscada por sí misma, y no en vista a otra cosa.

Nuestra preocupación está centrada en el problema del hombre actual. No es gratuita la afirmación siguiente: el filósofo ejerce una influencia importantísima en el mundo cultural de la actualidad y desde siempre. No es este el lugar para definir la cultura, y por ello ajustaremos las coordenadas de nuestro estudio a las de la política.

Nadie puede dudar del papel de la ideología dentro de la política. Quizá pudiera convertirse en la esencia de ella.²

La política, por el hecho de ser arte, —cuestión que aclararemos abajo— tiene su asidero en unas cuantas reglas que le sirven para organizar el entorno que le corresponde. La ideología es en última instancia, su respaldo teórico. No es raro, pues, el encontrar la confusión entre ideología y filosofía. Mientras que la primera es asistemática, la segunda es científica.

Y no sólo en esto radica su diferencia: la ideología descansa en una filosofía. Sin embargo no se puede deducir que toda ideología que descansa en una filosofía, es necesariamente, una ideología verdadera. Sólo una filosofía fundamentada en la verdad apoya una ideología válida para la acción.

Pero en vista de que la verdad no es privilegio de pocos, sino patrimonio de todos, es preciso que, quien haga filosofía, haga asimismo abstracción de sus circunstancias particulares para poder marcar los derroteros para que un político se apoye en ellos.

No puede invertirse el orden en esta cuestión: no se puede ser ideólogo y después filósofo. Es decir, no se puede tener un compromiso con una verdad parcial, pues con ello se anula la posibilidad de em-

² Estamos hablando en sentido positivo. Ya Brugger, al explicar el término ideología en su diccionario, hace mención del sentido materialista que se ha dado a esta palabra, y todo aquello que conlleva esta postura.

prender el camino hacia una verdad más profunda y radical, una verdad necesaria, con la cual se pueda estar comprometido. Pues ya lo dice el adagio: “el que a dos amos sirve. . .”

Y si quisiéramos ver la explicación desde el otro punto de vista: primero filósofo, después ideólogo, podemos poner un ejemplo histórico de la ineficacia —criterio para el arte, en este caso, la política— de un filósofo que pretendió decir una verdad universal y objetiva y terminó comprometiéndose con una ideología: Hegel, quien se ubica como sacerdote del espíritu absoluto y termina declarando que el último de los desenvolvimientos del espíritu se realiza en el Estado Prusiano.

*El Filósofo no es
Parte, sino Juez*

Partamos de la afirmación: “no se puede ser juez y parte al mismo tiempo”.

Esperando que haya quedado clara la imposibilidad de la participación activa del filósofo en la política —y la participación más activa es aquella que proporciona la contemplación, pasemos a demostrar que si no es posible la ingerencia política, sí lo es, y dentro del marco de la Filosofía del Hacer, el papel de juez sobre las teorías.

Hemos declarado arriba que la política es un arte. Desde Aristóteles, arte no es sino la recta razón en el hacer —distinto de la prudencia, que es recta razón en el obrar—. En el arte se contemplan dos términos. El término a quo y el ad quem. El término a quo es el artista, causa eficiente. El ad quem —el fin de la acción— es la obra misma. Mientras que es claro que en el campo de las Bellas Artes la obra es un producto tangible, visible, audible, etc., en las otras artes, v.gr. la medicina, la política, la obra no es visible sino por sus efectos: un mejor color en el semblante de quien goza de salud, en el caso de la medicina: y el orden social en el caso de la política.

Podemos ver al arte desde otro punto de vista: en sentido subjetivo y en sentido objetivo. En sentido subjetivo es el proceso, el hábito, mientras que en sentido objetivo es el producto.

Hay una tendencia actual que afirma que la política es prudencia. Así, será un buen político quien sea un buen hombre. Pero para ser político no se necesita ser bueno, sino poseer el hábito artístico de la política. Pese a que la Ética rige los actos humanos todos, ya que se encarga de regir los actos encaminados al fin último, existe otra vertiente de los actos encaminados al fin o fines temporales. Así, no será la Ética quien juzgue sobre la política, sino la Filosofía del Hacer.

Habiendo hecho la diferencia del arte como hábito —o proceso— y

como resultado, podemos pasar a examinar la cuestión de lo que denominamos Sistema de Creencias.

*La Axiomática o Sistema de Creencias*³

El arte no es un hacer, sino un saber hacer. Pero el *saber* implica un conocimiento. En este caso, y considerando la diferencia entre los distintos saberes, hagamos la diferencia con la ciencia.

El silogismo científico es demostrativo: parte de premisas para concluir en evidencia. Análogamente, el arte también busca la verdad, pero su finalidad es distinta.

La necesidad no es posible en el arte. Su ámbito es el de la contingencia. De ahí que por su misma naturaleza los principios que rigen a una y otro sean esencialmente distintos. El vector de la ciencia es lo que no puede ser de otra manera. Se trata de un conocimiento especulativo. Versa sobre lo contingente o sobre lo necesario, pero sus conclusiones son necesarias. El vector del arte es lo que admite distintos modos de ser, es un conocimiento. Versa sobre lo contingente y ahí se queda.

Hemos hablado de los principios de la ciencia y análogamente de los del arte. Los de la ciencia se denominan leyes y conforman un sistema. También en el arte hay un sistema, pero formado por una serie de juicios que regulan la conducta de un hombre o de una sociedad.

Estos juicios no son certezas sino “convencimientos” o “creencias”. La actividad humana —en todas sus manifestaciones— se rige por su visión intelectual, y ella se expresa por el Sistema de Creencias que se posee.

Siguiendo a L. García Alonso, las características de un Sistema de Creencias serán las siguientes: además de ser un conjunto de juicios, ellos deben ser aceptados por el sujeto, son especulativos o prácticos, y además con frecuencia no son intrínsecamente evidentes.

Tales principios no son universales sino generales. Algunos de ellos son los consejos, la tradición, conclusiones científicas apprehendidas y aceptadas, la educación, etc.

Todo hombre *funciona* con un Sistema de Creencias.

Podemos afirmar que es aquí donde el filósofo tiene mayores posibilidades de ayudar: acción no es la praxis por la praxis misma, sino la regencia del sistema sobre la práctica. Se puede juzgar sobre el sistema antes que sobre la práctica. Porque dependiendo del primero será

³ En este punto estamos resumiendo, modestamente, el pensamiento de L. García Alonso, en su “Filosofía de la Eficacia”. 1a. Ed. Edit. JUS. México, 1978.

el de la segunda. El sistema es el principio de la acción. Si es así, sólo un sistema coherente podrá llevar a una acción eficaz. Quién si no el filósofo para juzgar sobre la coherencia interna o externa de un sistema. Si dos principios tienen una relación excluyente, el resultado de tal principio, en última instancia no es eficaz.

Conclusiones

Arte, ciencia y prudencia — o ética— se distinguen entre sí específica y formalmente por su fin.

De ahí que de acuerdo a la finalidad que se persiga será la actividad que se desarrolle. Ya lo dice la filosofía tomista: el fin es lo primero en la intención y lo último en la ejecución.

No hay impedimento alguno para que el hombre ejerza múltiples profesiones. Pero si de esta plática se concluye que el filósofo no puede ser político, sí puede hacer política como hombre. Afirmar lo contrario, sería una necedad. En cuanto filósofo es un especulativo, en cuanto político es un práctico. Confundir ambos ámbitos es romper con la finalidad de cada uno y de todos ellos.

Los principios sobre los cuales se basan la política y otras artes —la administración, la medicina— por ser artes encaminadas a lo social, conllevan grandes responsabilidades.

Por el bien de todos es mejor se gobernados, curados o administrados por seres cuyos principios sean coherentes, avalados por la Filosofía del Hacer, y no por filósofos como pretendía Platón.